

Una jornada en la vida de un noble azteca

Cada mañana los nobles de Tenochtitlán, tras lavarse y desayunar, se dirigían al trabajo en el centro de la ciudad

En Tenochtitlán, la hermosa capital del Imperio azteca, cada jornada empezaba al son de los tambores que tocaban los sacerdotes desde lo alto de los templos de la ciudad. Según escribía un cronista español, Diego Durán, al oír los timbales «los caminantes y forasteros se aprestaban para sus viajes, los labradores iban a sus labranzas, los mercaderes y tratantes a sus mercados y se levantaban las mujeres a barrer». También empezaba así el día para las clases nobles formadas por los guerreros, funcionarios y sacerdotes que regían el Imperio.

Con la salida del sol, en cada casa noble los sirvientes debían tener todo preparado para el cuidado de sus señores. Éstos dormían en una estera o petate, de aproximadamente 1,35 metros de ancho por 1,9 de largo, sobre la que se colocaban suaves mantas de algodón que servían de

colchón. Al despertar los señores, los criados doblaban el petate y las mantas y los guardaban en baúles para dejar la sala despejada. La gente de condición modesta, en cambio, no disponía de mantas y se limitaba a doblar el petate y apoyarlo contra la pared para mitigar el frío o la humedad.

Ducha por la mañana

Hombres y mujeres se bañaban al menos una vez al día, utilizando jabón que hacían con el fruto del *copalxocotl* o de la raíz de la saponaria y secándose con suaves paños de algodón. Los varones, como apenas tenían barba, no necesitaban afeitarse, pero sí se peinaban, recogiendo el cabello con una cinta roja a la que añadían exhuberantes plumas de pájaros tropicales que marcaban su alto estatus. Las mujeres, por su parte, se peinaban con la raya en medio y dos trenzas recogidas en lo alto de la cabeza, con las puntas hacia arriba (si estaban casadas). Disponían de cosméticos,

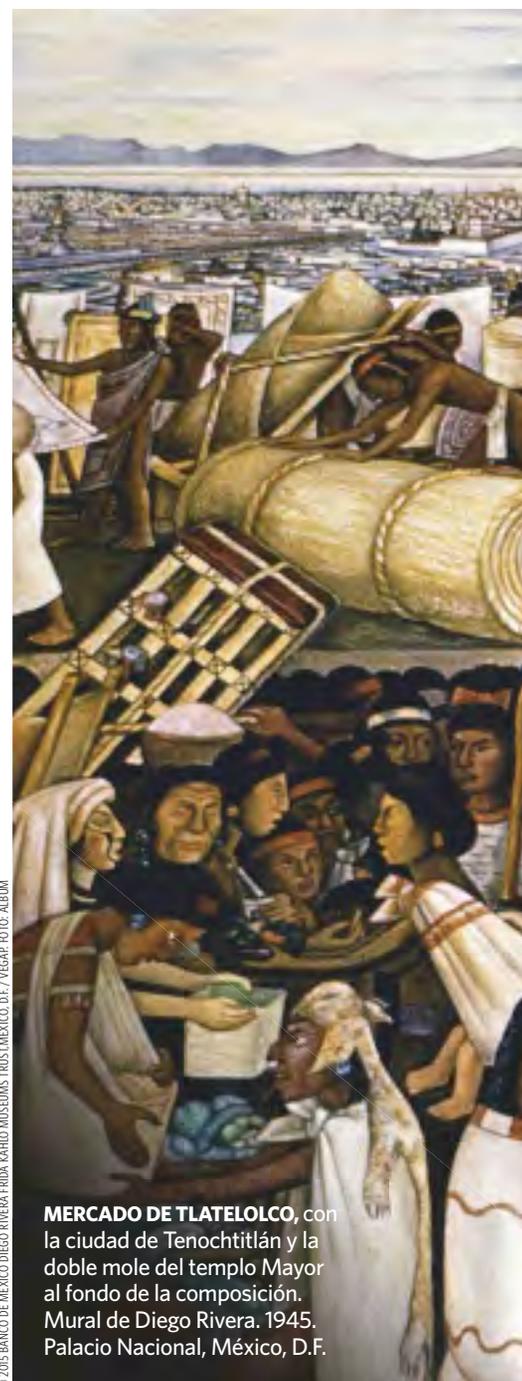
EL VESTIDO DE LA DIOSA

DIOSAS Y DIOSES se representan a menudo con una indumentaria muy parecida a la de los humanos. En este caso, la diosa Chalchiuhtlicue, esposa del dios Tlaloc, aparece sentada y vestida como las mujeres aztecas, con una falda y un *huipil* (blusa bordada). Por su espalda caen dos largas trenzas.

CHALCHIUHTLICUE, «LA DE LA FALDA DE JADE». MUSEO DEL HOMBRE, PARÍS.



BRIDGEMAN / AC



MERCADO DE TLAHELCO, con la ciudad de Tenochtitlán y la doble mole del templo Mayor al fondo de la composición. Mural de Diego Rivera. 1945. Palacio Nacional, México, D.F.

pero preferían una cara natural porque, como escribió un cronista español del siglo XVI, el padre Sahagún, «poner colores en ella, por parecer bien, es señal de mujeres mundanas y carnales [...] Lo usan las desvergonzadas». Hay que señalar que entre los nobles se practicaba la poligamia, y los hombres podían tener tantas esposas como su economía les permitiese.

Los nobles utilizaban ropas de algodón, largos especiales y adornos de plumas, oro o jade. El varón contaba con dos prendas básicas: el *maxtlatl* o taparrabos, que pasaba entre sus piernas y ataba bajo el ombligo, dejando



Ritos sagrados para dar la bienvenida al Sol

caer una larga tira por delante y otra por detrás a modo de faldellín; y la *tilmatli*, una manta que se anudaba sobre el hombro izquierdo. La mujer llevaba el *huipil*, una blusa bordada de color blanco, y una falda hasta la rodilla que se sujetaba con una tira bordada como si fuera un cinturón. Los tejidos más apreciados eran los de la costa del golfo de México, por sus magníficos diseños; de aquella zona las mujeres aztecas importaron un poncho bordado, rematado con flecos. Se calzaban con sandalias llamadas *cactli*, cuyas suelas estaban hechas de fibra vegetal y piel, y tenían taloneras y cordones para ajustarlas.

SEGÚN EL TESTIMONIO recogido por el cronista Sahagún, cada amanecer los sacerdotes del templo hacían sahumerios, decapitaban una codorniz y quemaban copal (resina de árboles). Una vez decapitada la codorniz, los sacerdotes la ofrecían al Sol,

al que saludaban y decían: «Ha venido a salir el Sol, el que resplandece mucho, hijo querido de la **TURQUESA**, águila que se eleva. ¿Cómo caminará, cómo transcurrirá el día? ¿Qué acontecerá en su cola, en su ala? ¡Trabaja, cumple tu tarea, señor nuestro!». Por la noche decían,

según el mismo Sahagún: «Ya vino a desplegarse el señor de la noche, el puntiagudo (*yacahuitzli*). ¿Cómo cumplirá su trabajo?». Según otro testimonio, los **AZTECAS** marcaban sucesivamente el inicio del ocaso, la oscuridad, la hora de irse a acostar y la medianoche.

La rutina de un azteca: lavarse, vestirse, comer...

EN SU CRÓNICA de la conquista de México, Andrés de Tapia, un capitán de Hernán Cortés, explicaba los hábitos cotidianos del emperador Moctezuma, que sin duda eran muy semejantes a los de los nobles de su corte en Tenochtitlán: «Le venían a servir sus criados, y le traían cada vez que comía más que cuatrocientos platos de vianda en que había fruta y yerbas y conejos y venados y codornices y gallinas y muchos géneros de pescados guisados de diversas maneras, y debajo de cada plato venía un braserico con lumbre; y sabed que siempre le traían platos nuevos en que comía, y jamás comía en cada plato más de una vez, ni se vestía ropa más de una vez; y lavábase el cuerpo cada día dos veces».



El baño diario

Aunque esta escena del *Códice florentino* muestra un baño ritual del dios Quetzalcóatl, cabe imaginar que los aztecas se lavaban de forma parecida, echándose agua con un cuenco ① en el baño o junto a un río.

Una vez aseados y vestidos, los varones se sentaban, con las piernas cruzadas y la manta colocada hacia delante, en unas sillas bajas elaboradas con fibra vegetal y madera. Así tomaban la primera comida del día, consistente en deliciosas tortillas de maíz recién tostadas, con algún relleno de carne o pescado, y una jícara de chocolate; todo ello servido en recipientes de la preciosa cerámica roja y negra de Cholula, que tanto gustaba a la élite azteca. En cambio, el resto de la población no ingería su primera comida —unas tortillas o una bebida de *atolle*,

harina de maíz hervida— hasta que las bocinas marcaban desde el templo la segunda hora del día, alrededor de las nueve de la mañana.

La hora de comer

Los nobles trabajaban en el centro ceremonial donde, además de los templos y adoratorios, estaban los palacios reales, las dependencias administrativas y las principales escuelas. Unos se dedicaban a asesorar al *tlatoani* o gobernante en los asuntos políticos y militares. Otros eran respetados jueces que dictaban sentencias de acuerdo al código legal, en un plazo máximo de

ochenta días, o bien se ocupaban de la administración de la hacienda y la recaudación de impuestos, de la que se encargaban los *calpixques*. Los sacerdotes instruían a los pequeños nobles en el *calmecac* o escuela, atendían los templos y preparaban las festividades. Los guerreros veteranos, por su parte, formaban a los jóvenes en el *telpochcalli* o escuela militar. Había asimismo inspectores que supervisaban que en el mercado no hubiera altercados, ni estafas en precios y medidas.

Según el cronista Diego Durán, «cuando era mediodía en punto los ministros del templo tocaban las bocinas y caracoles, haciendo señal que ya podían todos comer». Era el momento de hacer una pausa para tomar una comida frugal. Mientras que los más humildes bebían el *atolle* y comían tortillas con frijoles que se llevaban de casa, otros preferían acudir a alguna fonda de las que había en la zona del mercado, donde,

Tras la cena, los nobles tomaban un chocolate espumoso y fumaban una pipa de tabaco

ABANICO CONFECCIONADO CON PLUMAS. MUSEO ETNOGRÁFICO, VIENA.



E. LESSING / ALBUM



El traje de un noble

Esta ilustración del mismo códice muestra a un noble vestido con la *tilmatli* ①, y enfrente un *maxtlatl* o taparrabos ②, un cigarro ③ y un mosquero para espantar insectos ④.



Comida abundante y variada

En este otro dibujo aparecen dos hombres comiendo maíz que toman de cestillos de fibra vegetal ①. En los platos trípodes ② hay trozos de carne de ave, seguramente pavo (guajolote).

según Hernán Cortés, se podía comprar bebida y comida «en casas donde dan de comer y beber a precio». En cambio, a los que permanecían en las dependencias del centro ceremonial les llevaban comida de las cocinas de palacio. Tras este corto descanso, todos volvían a sus quehaceres hasta la puesta del sol, cuando los tambores y las trompetas del templo sonaban de nuevo para marcar el fin de la jornada laboral.

Cenar tras un buen baño

De vuelta a casa, los nobles, antes de cenar, tomaban un baño de vapor en el *temazcal*, una estancia con una pared pegada al fuego de la cocina, que siempre estaba encendido para que el baño pudiera usarse en cualquier momento. En el *temazcal* se colocaban plantas aromáticas, como la *cacaloxochitl*, y los nobles se hacían dar masajes, normalmente por enanos que podían estar de pie en los bajos techos de este cuarto.

Tras el baño, los nobles se vestían con ropas limpias y se sentaban en torno a la mesa, cubierta por hermosos manteles. Los criados servían platos de carne, pescado y verduras, que se tomaban con trocitos de tortilla de maíz a manera de cubiertos, que se mantenían calientes sobre pequeños braseros de barro. Los sirvientes no sólo estaban pendientes de que no faltara comida o bebida, sino que a menudo pasaban aguamaniles para que los comensales se lavaran las manos, que se secaban en paños de algodón. Para beber se acostumbraba a tomar agua, aguamiel o zumos. El consumo de alcohol —en particular el pulque o *uctli*, que se elaboraba fermentando el jugo del maguey— estaba prohibido hasta los 52 años, edad en la que los nobles podían «jubilarse» y gozar de ciertas prerrogativas.

Al terminar la cena, los señores aztecas salían al patio principal de su residencia y, rodeados de flores y

arrullados por el agua de las fuentes, se sentaban en cómodos cojines para paladear un buen chocolate espumoso y fresquito, endulzado con miel y vainilla o condimentado con chile, mientras disfrutaban de una pipa de tabaco hasta que desde el templo los sacerdotes anunciaban la hora de dormir con las antorchas encendidas y con sus bocinas. Entonces, «se ponía la ciudad en tanto silencio —escribió Diego Durán— que parecía que no había hombre en ella, desbaratándose los mercados, recogiendo la gente, quedando todo en tanta quietud y sosiego que era extraña cosa». ■

ISABEL BUENO
DOCTORA EN HISTORIA

Para
saber
más

ENSAYO
La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista
Jaques Soustelle. FCE, México, 2002.
Tenochtitlán, capital azteca
Historia NG, nº 54.